



FRANCO QUIERE REFORMAR LOS MANDAMIENTOS, por ALFARAZ

El soldado popular.—El señor Franco está servido.

¿Va "usté" al cine? Pues es un valiente.

¿Va "usté" al teatro? Pues es un héroe.

MOVILIZACION DE «FILMS»

Ya dijimos en el número pasado qué películas ancianas se incorporaban valientemente a las carteleras, sin parar mientes en sus canas y en sus destrozos. Hoy decimos más. La Junta de Espectáculos ha movilizado once quintas de películas. Algunas—muchas—que dormían en los almacenes se han desenrollado perezosamente y han ido a ocupar el puesto que se les ha asignado. ¡Pobres ancianas, que se ven obligadas a defender un cine cuando las fuerzas les faltan! La llamada de estas quintas de la reserva ha debilitado enormemente los frentes cinematográficos de Madrid. Y ha dado lugar a muchos chascos; por ejemplo: sé que a películas fascistas se le asignaron cargos de res-



ponsabilidad, como pasó con «La canción del día», que hubo de ser fusilada el mismo día en que tomó posesión del Avenida.

Sin embargo, se anuncia la llamada a filas de dos quintas más. Y al incorporarse éstas, tendremos el placer de volver a ver antiguos conocidos. Tom Mix, Eddie Polo, el onde Hugo y Mary Pickford nos harán jóvenes con «La moneda rota», «El ciclón lejano», «Lucille, la hija del circo» y «La pequeña vendedora». ¡Oh, qué agradecidos estamos a los camaradas de la Junta! Siguiendo así, llega-



rá la movilización de la quinta cinematográfica de 1901, y al poco tiempo nos quedaremos sin cine. Y entonces habrá que inventarlo de nuevo. Y será la Junta de Espectáculos quien lo invente. ¡Menuda gloria le está reservada a alguno!

DON PEDRO SE HA ENFADADO

Al pasar hace unos días junto al monumento a Calderón de la Barca oí que me chistaban de una forma insistente. Busqué intrigado a uno y otro lado, y al fin me convencí que era la estatua, que me llamaba. Entre los dos se entabló el siguiente diálogo:

Don Pedro.—Oiga vuesa merced, don Asdrúbal.

Yo.—¡Caramba, don Pedro, tanto gusto!

Don Pedro.—He perdido mi acostumbrada inmovilidad, porque no vivo, presa de una inquietud que me devora. Leo NO VEAS todas las semanas y quiero haceros confidente de mi disgusto.

Yo.—Hable sin embozo, don Pedro.

Don Pedro.—Vos sabéis, querido amigo, que el teatro está encanallado y pervertido.

Yo.—Lo sufro, por desgracia.

Don Pedro.—Sólo esos de ahí enfrente (señalando al Español) se salvan. Y eso porque, presente desde aquí mi persona, les obligo a ello. ¡Ah, si les faltara mi presencia! Pero todo está descoyuntado, envilecido. Por eso es que he tomado una determinación. Dirigir a esa Junta de Espectáculos de que tanto habláis un escrito. Para ello me he puesto de acuerdo con Lope y con Cervantes. En las horas de la madrugada nos reunimos en el Prado, que nos coge cerca. Y si hay bombardeos, en el Metro de Antón Martín. Todos estamos indignados. Esto no puede seguir así. Y os he llamado porque necesito de vos un favor.

Yo.—Usted dirá, don Pedro.

Don Pedro.—Que publiquéis en NO VEAS mi carta. ¿Me lo aseguráis por vuestro honor?

Yo.—Asegurado. El próximo número.

Asdrúbal PEREZ

(Ilustraciones de Cantos.)



Trimestre	3,75 pesetas
Semestre	6,25 —
Año	12,00 —



Un documento trastorna a un hombre

Resulta que los comunistas han hecho público un nuevo documento. Y en un lugar que yo sé ha caído como una bomba. Como dos bombas. Como cien bombas de quinientos kilos.

Don Luis acaba de beberse las 199 copas de coñac Napoleón. Cogió un periódico que lleva el título en rojo. Se ajustó las gafas.



—¡Vaya! ¡Una nueva nota del Buró! ¡Vamos a ver qué dice!

Don Carlos mira a su amigo por encima de dos hileras de fieltros, recuerdo de numerosas «cañas» ingeridas.

—¡A ver qué dice, Luis!

Pero don Luis ya no oía a su amigo. Estaba livido. Su mofletuda cara cambiaba de color cada segundo.

—¿Qué pasa, amigo Luis?

—¡Es horrible!... ¡Estoy espantado!... ¡Todos nuestros sueños caen al suelo!... ¡Nos hace falta algo para apuntalar nuestro edificio divisionista!...

—¿Algún caballo de Troya?

—¡Al cuerno con los clasicismos!... ¡Ni Ulises saldría vivo de esta aventura en que nos hemos embarcado!

—¡Vaya, Luisito, no desvaries! Deja a un lado a tus clásicos y cuéntame qué sucede.

Pero don Luis está muy nervioso. Se revuelve en el diván. Sus ojos se hinchan. Su abdomen asciende y desciende como fuelle de herrería...

—¿Sabes qué se dice aquí? Pues escucha: El Buró político del Partido Comunista dice que así no se puede seguir, que hay que acabar con los que luchan en la retaguardia, que los anarquistas deben unirse a los comunistas, y a los socialistas, y a los republicanos. En fin, que nos hacen la Pascua. Porque ahora no podemos combatirle. La gente se va a reír de nosotros cuando le digamos que los comunistas son enemigos de la unidad...

—Bueno. Si ahora se rien... Pero nos queda el recurso de decir que no pagan en los Sindicatos y les damos de baja...

como a los mineros de Asturias, a los maestros, a los tabaqueros...

—¡Cada día eres más bruto, Carlos! ¡Eso ya no nos vale! Porque el cuento de la falta de pago ya no lo cree ni Dios. ¡Uf! ¡Estoy terrible! ¡Mozo! ¡Otra de Napoleón para completar las dos centenas!

—Más claridad...

—¡No me nombres a «Claridad», por lo que más quieras! Déjame pensar.

Y don Carlos recorre la historia. ¿Qué hubiera hecho Nerón en nuestro caso? ¿Pegarle fuego a Roma? Y nosotros, ¿a quién le pegamos fuego? ¿Quemaremos las naves? ¿Qué hubiera hecho César Borgia? ¿El veneno? ¡Ah! ¡El veneno! ¿Qué hubiera hecho Catalina de Rusia? ¿Y Pedro el Cruel? ¿Y Bismarck? ¿Y Napoleón? ¿Y Fernando VII? Nada. Obscuridad. No se ve nada. ¿Será el «Napoleón»?

—¡Maldita Historia! ¡Hasta esta señora nos ha vuelto la espalda!... ¡Ya no me da soluciones!

—Pero Luisito, ¿por qué te pones así? ¡Si yo estoy convencido de que no vas a ser embajador otra vez!

—¡No, no y no! ¡Esta jugarreta me la van a pagar cara! Mañana mismo hago otra carta, firmada por el secretario de la A. S. M., «metiéndome» con los comunistas, con los socialistas, con los anarquistas, con los republicanos y en defensa del... ¡Todos unidos! ¡Con lo que estamos luchando nosotros para dividir a todo el mundo!...

Todavía se tomó don Luis treinta y tres copas más de napoleón. Entre el coñac y el documento le pusieron tan enfermo, que lleva una semana sin levantarse de la cama.

Delira. A sus amigos les dice que es el espíritu de Maquiavelo y que Marx es sobrino suyo. Los amigos se lo creen todo. Y es que el documento les ha vuelto locos a todos.

ZANCAJO



REFRANES *en acción*



LA TUYA LA PRIMERA Y QUE LA PARE COMO PUEDA.



SORBE Y SOPLA. QUE MAS HAY EN LA OLLA.

Rojo



No es el primer ciudadano que, teniendo en cuenta nuestra condición de informadores veraces, nos ha preguntado con verdadera curiosidad:

—¿Dígame! ¿Qué han hecho de los maceros tan decorativos que tenía el Municipio?

Hace ya mucho tiempo que no vemos por parte alguna aquellas emperifolladas gualdrapas de terciopelo morado con profusión de bordados en oro, ni el ridículo casquete emplumado que obligaban a vestir a los bizarros funcionarios escoltadores del alcalde.

Deseando averiguar extremo tan interesante como éste, nada mejor que preguntárselo a uno de los interesados, y para ello nos encaminan al domicilio del «Rey de Bastos», como cariñosamente designan al señor Manolo sus burlonas vecinas de la calle del Sombrerete.

Encontramos al «Rey» en camiseta veraniega dando grandes zancadas por el patio de su democrática vivienda, intentando acallar los berridos de un nietecillo, que llora estrepitosamente. Las costumbre adquirida en su oficio hace que el señor Manolo lleve al muchacho sobre el hombro, lo mismo que un fusil, y el rapaz manotea rabioso sobre las ciclópeas espaldas de su abuelo, en escandalosa protesta.

—Fuí macero municipal —comienza diciendo el interfecto— igual que pude ser papamoscas de Burgos. Cuando me creyeron demasiado viejo para abrir la portezuela del coche al conde de Romanones, éste me regaló una plaza en el escalafón de la Villa, como pudo regalarme la estatua de Cascorro. Así eludía el pago de una razonable indemnización por mis años de servicio, condenándome a seguir haciendo el payaso toda mi vida...

—Cuéntenos algo de su honorable profesión.

El «Rey de Bastos» hace memoria, tira definitivamente al chico por una ventana y prosigue el relato:

—En cierta ocasión fué invitado el alcalde de Tórtola para asistir a la sesión del Consejo. Antes de sentarse en la presidencia no sabía qué hacer el hombre con la bufanda y con la gorra que llevaba en las manos, y las dejó colgadas en la maza que yo sostenía, imperturbable, en mi puesto de honor.

—¿Os trataban bien los concejales?

—Pocas veces. Los monárquicos eran muy amigos de la fanfarria y de los protocolos grotescos, pero a los socialistas les teníamos un pánico atroz. Uno de estos representantes del pueblo propuso un día que se

Ayuntamiento de Madrid

de la vieja tramoya= INTERVIU CON EL "REY DE BASTOS"

nos sustituyera por muñecos de mimbre. Argumentaba muy seriamente el orador que nuestro trabajo podía ser igualmente realizado por las momias del Museo Antropológico, resultando más económico para el Erario municipal.

—Dígame, Manolo. ¿Qué hacen ahora los maceros?

—Los nuevos regidores del Ayuntamiento han comenzado por despojarnos de los estrafalarios atributos de guardarropía medieval que nos caracterizaba, y que a mí me granjearon el remoquete de «Rey de Bas-

tulticia y la vacuidad de los regímenes anteriores. Este trabajo es honrado y nos hace hombres más dignos. Sentiríamos en el alma que se resistiese a nuestra limpieza alguna de las lacras inmundas que fueron en aquella casa la base de tantas injusticias.

—¡Viva la escoba!—grita el señor Manolo, blandiendo en el aire como espada flamígera uno de esos simpáticos adminículos caseros a cuyo final se yergue, sólidamente atada con tomiza, la cabellera hirsuta de unas hojas de palma, cernidas a



los. En lugar de la maza han puesto en nuestras manos una escoba.

Tenemos una delicadísima misión—continó diciendo—. Hemos de barrer todos los chirimbolos de la vieja tramoya que acumularon en el Municipio la es-

condencia y siempre dispuestas a un barrido.

EL DUENDE
DE ATOCHA

Septiembre, 1937.

(Ilustraciones de Micino.)

HEROES DE RETAGUARDIA





A la puerta de la
cárcel...

o el DRAMA de la calle del Carnero

«Cada casa es un misterio», dijo Sócrates antes de expirar, y no diremos que tenía más razón que un santo, porque sobre la razón de los santos tenemos nuestras dudas; pero sí que tuvo un buen golpe. Nosotros, por nuestra cuenta, añadimos que en cada baldosa hay un drama. Y como nos gusta demostrar nuestros asertos, ahí va esta confirmación inapelable.

En la calle del Carnero, 5 bis, triplicado, segunda puerta, según se entra a la izquierda, tienen ustedes su casa. Allí vivo evacuado desde el 19 de julio. El piso de arriba lo ocupa un escisionista matriculado y un coronel faccioso, a quien pasa un tanto una manicura sentimental. Más arriba ronca la conciencia tranquila de un honrado especulador, que goza del respeto y la simpatía de todo el vecindario.

Anoche oí sollozos que partían de la habitación de una señora gorda, cuyos pies beso. Sus lamentos le partían el alma al especulador como supe después:

—¡Mi primo hermano! ¡Mi primo hermano de mis entrañas!—gritaba desgarradoramente la señora gorda.

Subí. Llamé a la puerta. Abrí. Junto a una garrafa de aguardiente la señora gorda se entregaba a la desesperación. Levantó los

ojos, bañados en lágrimas.

—¡Caballero!—me dijo—. Le ruego que me deje a solas con mi dolor.

El llanto bañó mis mejillas de una manera horrible.

—¡De ninguna manera!—respondí—. ¡Ese dolor nos lo repartimos a medias.

—¿A medias, caballero?

—A medias—afirmé.

Y una vez socializado aquel dolor, que fué hasta entonces propiedad privada de la señora gorda, ésta comenzó a contarme el drama.

—Mire usted, lo que ocurre es que mi primo es más inocente que un telegrama cifrado.

Hice un gesto benevolente, que es lo que se suele hacer en estos casos.

Un miserable calumnió a mi primo hermano. ¡Figúrese usted que le acusó de fascista diciendo que tenía en casa una gruesa. Al principio no hicimos caso, por-

escribió mi primo hermano. Me describía la cárcel: sala de gimnasia, «fumoir», montaña rusa, para que los presos gustaran de emociones fuertes.

Por la expresión de mi rostro, la señora gorda adivinó que me sería más fácil averiguar en qué ha invertido su tiempo lord Plymouth durante un año.

La señora estalló en llanto:

—¡Pues escribir un canto a la Libertad! ¡Eso fué lo que hizo!

—¡Qué locuras cometen los jóvenes!

La atribulada prima sacó un tomo de versos.



que creímos que se refería a mí; pero luego resultó que aludían a una gruesa de cohetes luminosos que mi primo adquirió por aquel entonces y porque le dió la gana.

—¡Qué horror, señora! ¡Nunca se sabe hasta dónde puede llegar la perversidad humana!

—¡Calle usted! ¡Pues entre el asombro general le metieron en la cárcel!

—¡Qué cosas más raras!

—Y bien—añadió la señora—continuando su triste relato—. A los pocos días me

—Mire usted; aquí está el canto.

Con emoción incontinida recitó la primera cuarteta:

A la puerta de la cárcel
no me vengas a buscar.
El que quiera paraísos,
se los tiene que ganar.

—El director se enteró y le puso en la calle.

CHIVATO



LA U. R. S. S. A MUSSOLINI

—Y que no me entere yo que la vuelves a poner la mano encima.

El superrevolucionario

Si hemos de ser sinceros a nuestros lectores, no tendremos otro remedio que confesar ingenuamente que nosotros nunca supusimos que ser revolucionario, pero furibunda y atrozmente revolucionario, fuese una cosa tan al alcance de todo el mundo.

Esto, sin embargo, es verdad. Ser revolucionario resulta una cosa muy sencilla.

Así, al menos, nos lo ha hecho comprender don Felipe.

Don Felipe—¿quién no conoce a este don Felipe, o a los muchos don Felipes que en el mundo han sido?—era derechista hasta los huesos. En el club y en el bar, y entre sus amistades y entre sus servidores, hacía alarde de su conservadurismo cerril. Sin duda alguna, su mayor satisfacción hubiera sido ver cada mañana, al despertarse, un marxista colgado del árbol que había precisamente enfrente de su balcón.

Don Felipe se sentía con ánimos de renunciar, si fuera necesario, a las propias niñas de sus ojos. Pero que nadie le discutiese la intangibilidad de su lema «Dios, Patria, Rey».

Naturalmente, ni que decir tiene que para don Felipe el capitalismo especulador era sagrado. El estaba plenamente convencido de que cuando Dios hizo el mundo dijo antes de dedicarse a descansar:

—Estos trigales y estos olivares que yo he hecho son para don Felipe.

Y por esta causa, don Felipe, propietario de unas tierras en Extremadura, que ni por referencia conocía,



sino por las rentas que le proporcionaban, no podía admitir con tranquilidad que alguien pusiese en duda su derecho a aquel trozo de mundo que Dios había fabricado exclusivamente para él.

Este era el don Felipe que nosotros conocimos, y al que aun no hará cinco o seis días nos encontramos en la calle de Alcalá. Cuando le vimos, le

a bordamos:

—Buenas tardes, don Felipe.

—Nada de don Felipe —contestó—. Soy el compañero Felipe. ¿No lo has notado en mi chaquetilla?

En realidad, no lo habíamos advertido a primera vista; pero en seguida nos

dimos cuenta. El camarada Felipe llevaba una flamante canadiense e iba sin corbata. Pendiente del cinto,

además, portaba una magnífica pistola.

—¡Yo soy un terrible revolucionario!—añadió.

Y para convencernos de esto, nos invitó a ir a su casa.

Antes sacó una botella de vitriolo y se bebió media. Después dijo:

—¡¡¡Brrr...!!!

Ya en su casa nos enseñó seis kilos de carnets de diversas organizaciones, cincuenta y tres salvoconductos, ocho sacos de judías y tres hojas de tocino de tamaño natural.

—¡Caray, Felipe! —exclamamos nosotros—. ¡Quién lo hubiera creído!

—Yo siempre he sido un revolucionario. Sólo que me había orientado mal. Ahora ya voy por el buen camino.

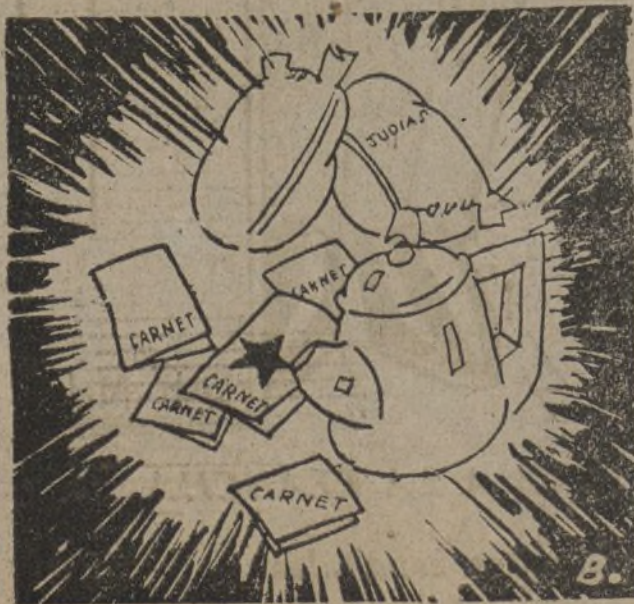
Salimos a la calle. En la primera Comisaría denunciábamos el caso. Dos policías se personaron en casa de don Felipe.

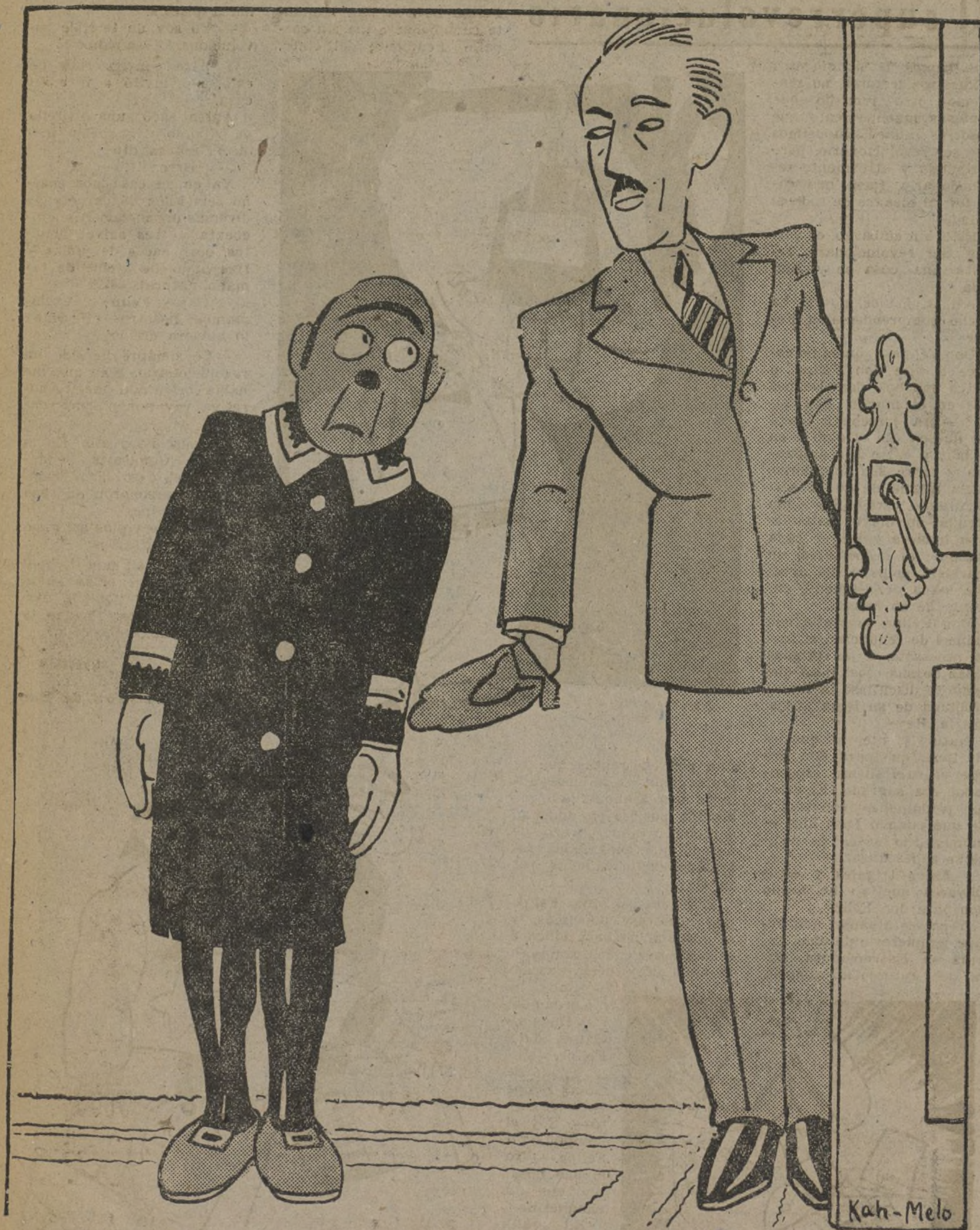
Cuando le vimos salir detenido le gritamos:

—¡Ahora sí, don Felipe! ¡Ahora sí que estás en el buen camino! ¡Que la cárcel te sea leve! ¡Y que te dure mucho, emboscado!

MARIUS

(Ilustraciones de Babiano.)



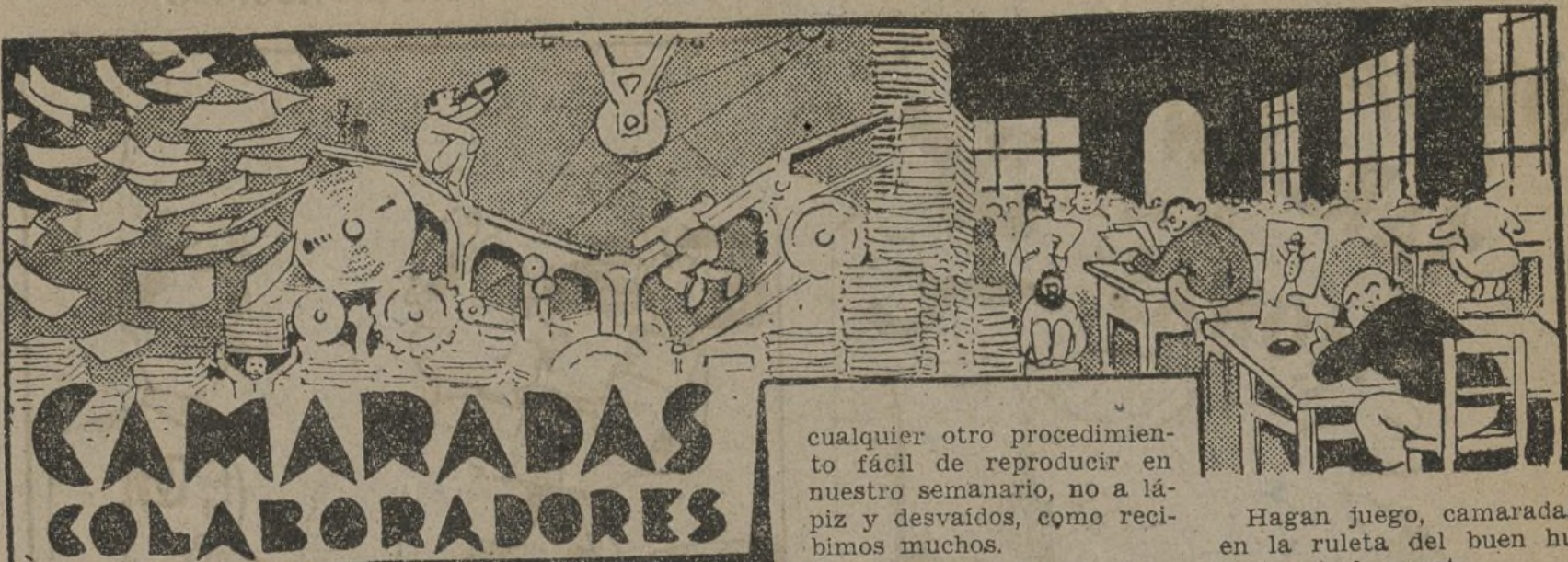


LA COMIDA DEL DIA EN GINEBRA O REBELDES A LA PLANCHA

—¡Mister Eden! Ha llegado una Delegación de los rebeldes españoles...

—¡Dile que... no tenemos suelto!

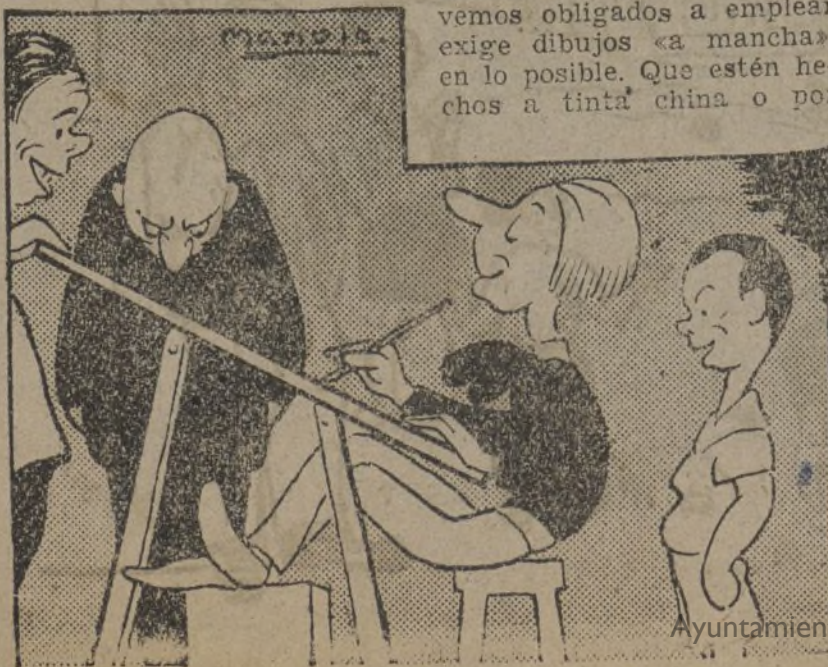
Ayuntamiento de Madrid



KAMARADAS COLABORADORES



NO VEAS, como los periódicos que dicen que tiran ciento, doscientos y hasta cuatrocientos mil ejemplares (tirada media de todos los periódicos de Madrid, menos de NO VEAS, que tira dos millones y medio), no sostiene correspondencia acerca de los originales que se le envían. No sostiene ni correspondencia ni ninguna otra cosa parecida, porque



ya tiene que «sostener» a muchos gandules que componen su Redacción, a los que paga a peso de oro.

En caso de que os sintáis esquizofrénicos y proyectéis mandar original a NO VEAS, debéis preferir que esté escrito a máquina, a dos espacios, por una sola carilla y TODO LO MAS BREVE POSIBLE. Si también puede venir sin faltas de ortografía, mejor; pero no es indispensable.

Todo original que se vea publicado ya sabe su autor que son unos duritos que ingresan en su bolsillo, o en el del amigo si antes los ha pedido prestados y los debe. Pero de esto se encarga el interesado. NO VEAS se limita a pagar al que demuestre ser el autor del trabajo publicado.

Para esta sana costumbre que tenemos de pagar lo que publicamos, hemos establecido unos días muy bonitos que atienden por los días 5, 15 y 25 de cada mes.

Respecto a los dibujos, anotad: Preferimos que no sean a línea sólo, porque la calidad del papel que nos vemos obligados a emplear exige dibujos «a mancha», en lo posible. Que estén hechos a tinta china o por

cualquier otro procedimiento fácil de reproducir en nuestro semanario, no a lápiz y desvaídos, como recibimos muchos.

Que tengan gracia.

Y que sean dibujos. Porque NO VEAS abre sus amorosos brazos a todos los noveles, principiantes y hasta postergados del mundo, con la sola condición (¡eso sí, claro!) de que sean verdaderos antifascistas. Lo hace así en su deseo democrático de ayudar por igual, y en la medida de su esfuerzo, a todos, para que prevalezca el mérito personal exclusivamente y no el valimiento ni ninguna otra oportunidad del azar, sin merecimientos justos. Pero NO VEAS ruega a sus colaboradores espontáneos que si ellos mismos no están muy seguros de que lo que les ha salido es «un dibujo», no se molesten en mandarlo, porque a la vez que de servir la causa del arte, cuida mucho el respeto que debe al público, por el que constantemente se desvela y al que quiere siempre ofrecerle las más preciadas gallas humorísticas de que sea capaz un buen semanario de esta índole.

Y... no va más.

Hagan juego, camaradas, en la ruleta del buen humor y de la suerte.

LA DIRECCION

«NO VEAS» ESTA VISADO POR LA CENSURA, COMO LOS ROTATIVOS DE VERDAD.



Todos los paqueteros y corresponsales deberán dirigirse a DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES, S. A., Paz, núm. 42, Valencia, para los efectos de altas, bajas, modificaciones y giros de NO VEAS.

CAMPAMENTO FACCIOSO

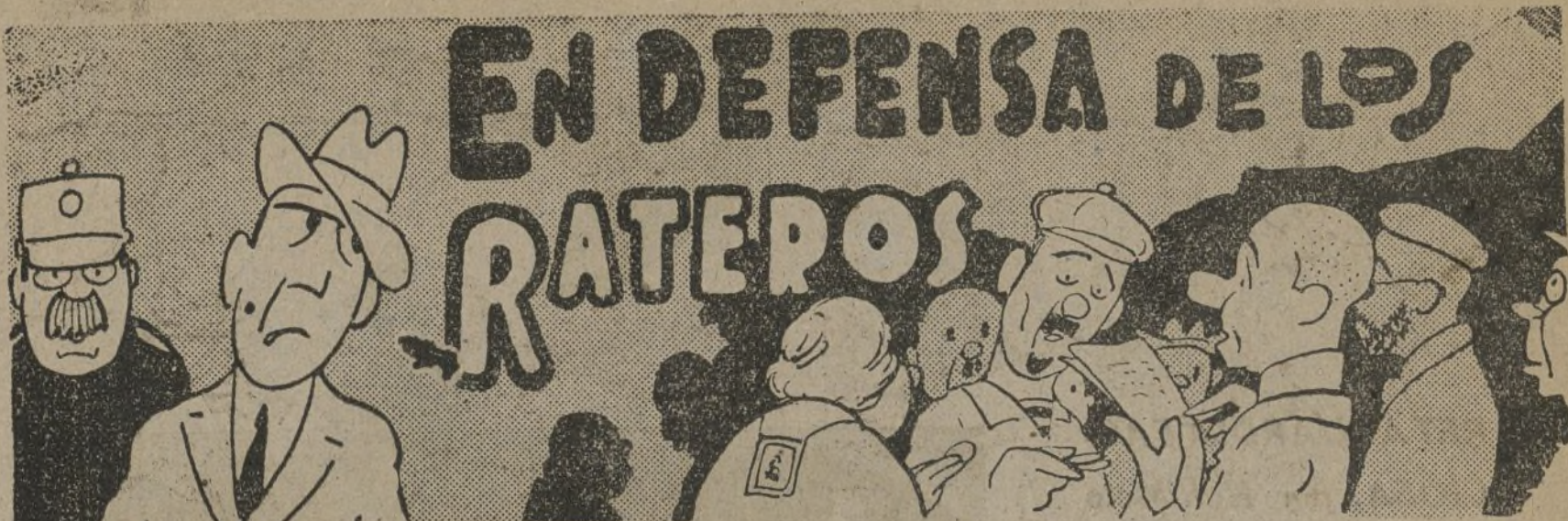


—¡Qué veo!...
 —¿Acaso Madrid, mi general?
 —¡No, no! Si digo que quién se ha bebido estas dos botellas, que veo que están vacías...



EL HOMBRE.—Por lo visto se está intensificando la evacuación... Pero de todos los puntos de España hacia Madrid...





practicadas por Franco con una clase vejada, humillada y vilipendiada: la clase de los carteristas, los atracadores, los estafadores, etcétera. Porque, la verdad, camaradas, al César lo que es del César. ¿Qué hicieron estos pobres componentes de la clase en alusión? El carterista, por ejemplo, trabaja, y su trabajo es el cómputo de otros oficios: es ágil de manos como un prestidigitador; corta la tela del traje ciudadano junto al bolsillo de los billetes como lo haría cualquier sastre, con la desventaja para el sastre de que éste necesita del jaboncillo para la perfección del corte... Entonces, ¿por qué esa inquina contra ellos?

Siempre he tenido yo esa opinión, y juro que si me gustó alguna vez el vejete Lerroux fué cuando este político, recordando sus aficciones, reivindicó a la despreciada clase.

Y ¿por qué nos va a extrañar que los facciosos les concedan una ley de accidentes del trabajo, ateniéndose a la jurisprudencia strapélica y, sobre todo, a los propios riesgos del ofi-

cio? Aquí no lo hacemos porque somos así de brutos. Aquí ya lo estamos viendo: cada día pensamos una cosa para hacerles la vida imposible hasta a los que empiezan su entrenamiento en la clase que defendemos: al especulador, al ocultador, al acaparador.

Será Franco, sí, señor, el que no sólo conceda esta ley de accidentes a los carteristas y demás, sino que les ha incorporado a su «buena sociedad», concediéndoles la participación en su política con cargos oficiales.

¡Arriba España! ¿Cómo? ¡Como sea! Rompiendo el mapa si es menester; bebiéndose los mares que nos «sobren» o, como ha hecho Franco, cambiando incluso hasta el quinto mandamiento, que si decía: «No matar», muy bien puede decir: «Matarás con justicia», que puede ser desde la estaca hasta el vitriolo. ¡Así se pone de «arriba» a España! ¡Y no pasa nada!

RONQUIO

(Ilustr. de Karoka.)

Una noticia que leemos en la Prensa nos saca de dudas: «Los colaboradores de Franco.—Lyon, 14, 2 tarde.—Ha sido detenido Juan Sánchez, apodado «Don Dinero», reclamado por un delito de estafa. Declaró ser agente del cabecilla Franco, y estaba encargado de vigilar las colectas al servicio de los facciosos.» ¡Repámpano, y qué amigos tiene el conde!

Nosotros sentimos en la conciencia un ineludible deber: divulgar estos ejemplos de reivindicaciones sociales



COSAS de NO VEAS

11011
ALFARAZ





—¡Ya lo veremos, Benito!...